

Meditación preparada por el pastor Ademar Olivera leída en la jornada de oración en la parroquia Tierra Santa, el 25 de agosto de 1982, y luego publicada en la revista *En Vigilia*, año 1, n.º 6, nov. 1982; el texto bíblico base es: Mateo 2:13-18.

«HERODES

Hombre cruel, odiado por todo el pueblo judío. Porque, a pesar de ser edomita, “medio judío”, logras gobernar en Israel, durante años, con brutalidad y terror. Claro, usurpas el poder con el apoyo de Roma. Para ello, no titubeas en adular al mandante de turno, sea Casio, Marco Antonio u Octavio. Con tal de mantenerte en el poder y escalar, realizas las acciones más sanguinarias: asesinatos a los miembros de la Junta Suprema (Sanedrín), a 300 jueces de las cortes, a tu esposa Mariamme y sus familiares (su madre, su hermano, su abuelo, tu hijo mayor), y a todos sus parientes masculinos. ¿Y cuántos crímenes más cometiste? Con razón, hasta el mismo emperador Augusto llega a decir que “es más seguro ser un cerdo en las pocilgas de Herodes que hijo suyo”.

A pesar del régimen de terror que instauras, no logras aniquilar las aspiraciones de justicia, paz y libertad en el pueblo. El odio que despiertas en la gente incrementa la gran efervescencia religiosa y sociopolítica. Así, surgen movimientos mesiánicos nacionalistas que ofrecen una firme resistencia a tu prepotencia y al dominio romano, y postulan la liberación del pueblo judío.

Naturalmente, reprimes con mano férrea todo intento de oposición. Estableces una severa ley anti-terrorista. Instalas una policía secreta que espía en todo el país a los enemigos del régimen. Los sospechosos son detenidos y llevados a algunos castillos, donde desaparecen para siempre. Sus cuerpos nunca se encontrarán.

A los 70 años, presintiendo tu muerte, haces encarcelar a los ciudadanos más destacados de Jerusalén y ordenas que cuando mueras todos sean ejecutados. De esa manera, pretendes lograr que alguien lllore el día de tu propia muerte, ya que eres consciente del desprecio generalizado hacia ti y que nadie te lloraría.

Conociendo tu calaña, pues, no es en absoluto extraño tu temor a ser destronado por “el rey de los judíos que ha nacido”, según lo anuncian aquellos sabios de Oriente. Además, ¡oh ironía!, tú mismo pretendes ser un mesías, un salvador del pueblo. ¿Qué escrúpulos podrías tener, “viejo criminal”, que te impidiese ordenar la muerte de una cantidad de niños inocentes? Por supuesto que ninguno. Tu sed de poder y tu crueldad lo justifica todo.

Herodes, tú representas a los dictadores del mundo, del pasado

y del presente. También a los que, apoyados por los centros del poder económico-político-militar, han derramado (y lo siguen haciendo) sangre de inocentes en América Latina, y han sembrado dolor, miedo, miseria, represión. Llámese Duvalier, Batista, Somoza, o el apellido que sea. Todos se asemejan en su desprecio por la vida del pueblo, el derecho y la justicia, y por una ambición desmedida que los lleva a autoproclamarse “salvadores”.

Pero, el pueblo, los perseguidos, resisten, luchan... El autor del Apocalipsis, desterrado por la autoridad romana a la isla de Patmos, “por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús”, en medio de una grave persecución contra los cristianos, exhorta a las iglesias a resistir con decisión las injusticias y crueldades del emperador Domiciano. En el capítulo 12, con profética inspiración, representa la lucha entre el pueblo de Dios y el poder terrenal que se opone a su proyecto, mediante la figura de un dragón que ataca a una mujer embarazada y a su hijo. Es interesante notar que, en su visión, la lucha es larga y cruenta, pero finalmente la mujer y su hijo vencerán. El mensaje de esperanza es claro: lo aparentemente frágil y débil (la vida, el amor, la ternura) triunfa sobre la fuerza despiadada del odio y la anti-vida.

MARIA.

Mujer admirable por tu entrega generosa, incondicional, a los designios de Dios; por tu humildad, por tu fe conmovedora y por tu fuerza vital.

Tú perteneces a la clase socialmente desprotegida, a los pobres, a “los sin voz” (mejor dicho “los silenciados”), a los perseguidos...

No es difícil imaginar la ternura, los cuidados que prodigaste a aquel niño, tu hijo, que, con una mezcla de temor y esperanza, trajiste al mundo.

Compartes la angustia de tu compañero ante la necesidad de tomar una decisión inmediata para poder salvar al hijo amenazado. Partir subrepticamente al exilio, a un país extraño, implica un gran sacrificio, incertidumbre, sentimiento de desarraigo. Pero, hay que hacerlo.

Ahora piensas, haces tuyo el dolor, el sufrimiento causado por el tirano a los familiares de los niños asesinados. ¡Las antiguas palabras del profeta parecen adquirir vigencia! “En Ramá se oyeron gritos, grandes sollozos y lamentos. Es Raquel que no quiere consolarse porque llora a sus hijos muertos”. Ah, ¡si pudieras haber evitado esa matanza! Años más tarde, comprenderías, a través de tu propio hijo, lo que significa la solidaridad y la vida entregada por amor al prójimo, en medio de una sociedad llena de pecado.

Ya regresas a tu tierra. Allí criarás a tu hijo con mucho esfuerzo y cariño. Pero, a medida que crece, suceden cosas que te conmueven y te causan emociones diversas.

¿Cómo comprender el comportamiento y la actitud de aquel hijo que llevaste en tus entrañas y que, ya hombre, parece alejarse de tu lado,

hasta afirmar que tiene otras madres y otros hermanos (los cuales no son hijos tuyos)? (Lucas 11:27-28: Marcos 3:31-35).

A veces, sentirás una extraña satisfacción interior al comprobar su autoridad y su poder extraordinario (Juan 2:1-12). Pero, en otras ocasiones te preguntarás si no “se habrá vuelto loco”, a juzgar por las cosas fantásticas que se cuentan de él (Marcos 3:21).

Tu alarma aumentará, hasta darte cuenta que será en vano el intento de disuadirlo de llevar adelante la difícil y peligrosa tarea que se ha propuesto.

Recién al pie de su cruz, comenzarás a comprender la grandeza de su misión: su propósito de construir una comunidad fraterna, donde no haya pobres ni privilegiados; donde todos se amen como hermanos y vivan solidariamente, sin odio, sin egoísmo, sin maldad. Vivir para los demás puede significar morir por los demás. ¡Qué doloroso es comprobar la veracidad de aquellas palabras tuyas: “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”! ¡Qué precio tan alto!

Muere tu hijo pero, merced a su martirio, ¡cuántos hijos tienes ahora! (Juan 19: 25-27).

Más hermoso aún, es saber que tu hijo no está muerto. ¡Él vive! Vive para Dios, y vive para todos aquellos que aceptan su proyecto de vida para la humanidad y deciden participar activamente en la construcción de esa nueva sociedad. Vive a través de la fuerza de su espíritu que motiva, inspira y consuela a los “bienaventurados”.

JESÚS

¿Cómo comprender tu sufrimiento y tu muerte? ¿Es que no hay otros caminos para participar de tu proyecto del Reino de Dios, donde la verdad, la justicia, la paz, la solidaridad, sean al “pan de cada día”? ¿Es que la nueva posibilidad de vida, regida por el amor, que tú ofreces debe terminar siempre en una cruz?

Ciertamente, tú no eres un masoquista que sufre persecución y tortura por placer; ni eres un temerario inconsciente que no mide las posibles consecuencias de sus actos; ni un “predestinado” que no tiene otra alternativa que aceptar un castigo ya determinado de antemano por un ser superior, o un hecho imponderable.

No. Sucede que tu Proyecto del Reino es resistido fuertemente por individuos que defienden sus intereses egoístas y por estructuras socio-políticas injustas. Y reaccionan atacando a quienes lo defienden. Eso nos recuerda que el pecado (en sus expresiones de guerra, injusticia, odio, mentira, etcétera), individual y social, no es una fatalidad inexorable, sino que hay detrás una responsabilidad humana.

Tú presentes y consideras la muerte violenta como una posibilidad cierta, a corto plazo. Sin embargo, conservas con firmeza la libre determinación de ser consecuente con el mensaje que predicas, amando hasta el fin. Toda tu vida fue un darte, un ser para los demás. Aceptas el sufrimiento porque consideras que la causa que defiendes, la vida

y la libertad del ser humano, bien vale la pena. Así como una mujer acepta el dolor físico de dar a luz por amor al niño que nacerá, la fuerza de tu amor al prójimo transforma el sufrimiento inútil en algo pleno de sentido. Tu sufrimiento y tu muerte adquieren un sentido vicario, representativo, expiatorio. O sea, sufres y mueres “por muchos”, en su lugar, para dar vida a otros. Asumes el mal, y sus consecuencias, y lo vences por el amor. Tu comportamiento abre una posibilidad nueva para la existencia humana.

Al mismo tiempo, nos enseñas que hay sufrimientos sin sentido (el hambre, la opresión, la tortura...) que no se deben consentir ni aprobar. Que no hay ninguna justificación para el sufrimiento remediable que afecta a inocentes. Criticas duramente a los que hacen sufrir a los demás (Mateo 18:6). Nos desafías a no acostumbrarnos a la injusticia y a luchar para eliminar las causas del sufrimiento arbitrario. Y haces un llamado a la reconciliación, que implica “arrepentimiento”, cambio, perdón, reparación del daño causado (Mateo 5: 22-24).

Pero no eres neutral. Estás solidariamente del lado de las víctimas, de los “pequeños”, de los oprimidos (Mateo 25: 34-45). Jamás te pones de parte de los verdugos. Sigues sufriendo en cada dolor humano y demuestras que el que sufre la injusticia es moralmente mejor y más fuerte que quien la comete.

Tú nos exhortas a no perder nunca la sensibilidad ante el dolor del que sufre. Así como tú lo hiciste y lo haces, cada uno de nosotros debe solidarizarse con el que transita por el sendero del dolor y la muerte. Compartir el sufrimiento del otro, como una señal de que estamos vivos y que aún somos seres humanos. Porque ningún dolor nos es ajeno, ni ninguna vida nos es ajena. Es de todos, nos afecta a todos. Especialmente el dolor que se vive en silencio, acallado, frente a mucha indiferencia y demasiado cinismo. Podemos aprender en el sufrimiento y vivir de tal manera que nuestra vida exprese la esperanza de que al morir dejaremos un mundo mejor que el que encontramos al nacer.

Porque tú venciste, ¡nosotros venceremos! Porque tú vives, ¡nosotros viviremos!»